

Raúl Silva Castro

Otra historia de la literatura chilena



CIERTO lector que me sigue los pasos y me alienta, de vez en cuando me dirige discretos reproches. Hace poco me escribía más o menos en los siguientes términos: “Usted que se ha mostrado tan severo para juzgar de la *Historia personal de la Literatura Chilena*, de Alone, parece haber pasado por alto las obras similares de otros autores. ¿No cree que sería de sana política literaria examinar esos textos, que han proliferado en los últimos años, para ayuda de quienes disponen de menos tiempo que usted para dedicarlo a tales exploraciones?” Y para completar sus luces, aquel lector me indica entre otros el libro publicado por el padre jesuíta Francisco Dussuel bajo el título de *Historia de la Literatura Chilena*, en 1954.

Lo leí; lo hallé audaz; lo hallé soberbio, podría decir yo parodiando a Pedro Antonio González, siempre que se me permita dar a esos vocablos otras acepciones. Lo hallé audaz por la escasez del aparato crítico de que ha echado mano el autor. Lo hallé soberbio por la relativa ignorancia en que se mantiene, de principio a fin, acerca de ciertas investigaciones literarias más o menos antiguas y que el autor de un texto de esta índole tiene la obligación irrenunciable de conocer. Pero no es el objeto de estas líneas intentar una crítica general del libro del P. Dussuel, ya que el carácter aproximativo de sus obser-

vaciones lo deja en situación muy desmedrada entre libros similares. ¡Y qué decir del estilo! Este sí que es audaz. Anotaciones de sabor telegráfico, ligeros paréntesis, enumeraciones de ideas que no se examinan en seguida, viciosa abundancia de puntos suspensivos: todo indica que en el libro del P. Dussuel no se ha producido todavía el asentamiento de los materiales y que lo entregado a la publicidad no pasa de ser el primitivo borrador de la obra a la cual sin duda el autor aspira, pero que todavía no ha escrito. El caos. Podríamos decir si quisiéramos parodiar al autor en su telegráfico estilo.

Pero no: no es nuestro intento parodiarle; de ninguna manera: lo que procuramos hacer en las líneas que siguen es una ligera fe de erratas que pueda servirle en nuevas ediciones de su obra. Indicación somerísima de errores de hecho que se han deslizado en sus originales por falta de atención o de limpidez en las anotaciones o por ambos motivos, o, en fin, porque tal vez la mente que ha guiado aquellas exploraciones no es tan amiga del orden como fuese deseable. Esta última inferencia puede además hacerse por el tono general del escrito, sumamente ligero, en el cual se mezclan las informaciones con escaso discernimiento.

El lector que haya tenido en las manos el libro del P. Dussuel podrá decirnos que en la parte final se ve una hoja de papel de color salmón en donde se registran erratas; y yendo más lejos, podrá advertirnos además que ellas se elevan al número nada minúsculo de cincuenta para un texto que en total cubre sólo 241 páginas. Pero esas erratas de la hoja color salmón son nada más que las que cometieron los cajistas y la corrección de pruebas no fué capaz de salvar. Las que anotaremos nosotros son las que escaparon a la atención del autor, las que revelan escaso conocimiento del aparato crítico producido en torno a la literatura chilena, las de propia Minerva. Por eso las nuestras, menos en número, son más importantes desde el punto de vista crítico y las que permiten en suma formular un diagnóstico sobre el libro mismo.

Vamos, pues, a la útil fe de erratas:

Dice

P.—52. José Antonio Soffia. *Poesías y Poemas* (79).

P.—52. Eduardo de la Barra. Su profesión fué de maestro y murió pobre y olvidado.

P.—67. El segundo descubrimiento que anotamos es el del mar. Guillermo Labarca se queda *Mirando al océano*; Magallanes Moure arma su casa *Junto al mar*; Pablo Neruda canta nostálgico el amor de los marineros que “besan y se van”; Salvador Reyes se hace a la vela en su *Barco ebrio* y ambiciona ser *El último pirata*, y hasta Mariano Latorre baja de la montaña y olvidando a los chilenos de la sierra, enreda su plática con los *Chilenos del mar*.

P.—69. Carlos Silva Vildósola (1871).

P.—72. Domingo Melfi. Murió hace pocos años.

Debe decir

La obra titulada *Poemas y poesías* se publicó en 1885.

Su profesión fué la de ingeniero, lo que tiene alguna importancia puesto que las leyes rítmicas de la versificación castellana que enunció le fueron sugeridas por los conocimientos de acústica y de aritmética que poseía el autor.

Bonito el fragmento, pero el P. Dussuel habría actuado con mayor probidad si hubiera confesado que no era invención suya. Puede leerse en su texto primitivo en *Semblanzas literarias de la Colonia*, 1933, pág. 124, excelente libro de crítica de Eduardo Solar Correa, en donde forma parte de la semblanza relativa al P. Alonso de Ovalle.

En realidad nació en 1870.

Nació en 1892; murió en 1946.

P.—77. Mariano Latorre (1896).
Idéntico error aparece reiterado en la pág. 90.

P.—105. Pedro Prado. Quiso ser arquitecto (U. de Chile), pero no terminó sus estudios.

P.—111. Marta Brunet (Chillán) 1901. Cuando aún no cumplía 22 años publicó su primera novela *Montaña adentro*, donde reveló de lo que era capaz (1924).

P.—134. Pierre Faval (1952).

P.—153. De Pezoa Véliz dice el autor: “Tiene un carácter agresivo”, y como prueba cita una estrofa que comienza diciendo: “Yo nací para luchar”.

P.—176. Manuel Magallanes Moure (La Serena, 1878; San Bernardo, 1924). Repetido el error en la pág. 234.

Nació en 1886.

La profesión de arquitecto no estaba legalizada en los años en que Prado la estudió, con lo cual resulta que aunque éste no presentó el proyecto final, pudo ejercerla y en efecto la ejerció en forma legítima.

Montaña adentro se publicó en 1923.

No es el año de nacimiento del autor, como regularmente sucede en otros casos. Fabio Valdés Larraín, a quien corresponde aquel seudónimo, nació en 1915. 1952 es la fecha de publicación de *Memorias de un buey*.

La inferencia sobre el carácter de Pezoa está mal hecha porque el verso referido debe leerse no como lo pone el autor sino en la siguiente forma: “Yo no nací para luchar”.

Magallanes no falleció en San Bernardo sino en Santiago.

P.—216. Llegado recién a la capital se aloja “en una modesta casa de la calle Marín, que todos sus viejos amigos recuerdan”.

P.—245. Bibliografía. Armando Donoso. *Historia de la Literatura Chilena* (desde sus orígenes hasta 1925). *Nuestros prosistas, novelistas, autores de cuentos, críticos, periodistas, escritores satíricos* (ib.) *Nuestro Teatro: los líricos en el teatro chileno; autores dramáticos; humoristas y satíricos* (Ib.) Repetidas estas menciones en las págs. 247 y 248.

No hay tal. La casa de Neruda estaba ubicada en la calle Maruri, y se llama precisamente *Crespúsculos de Maruri* una sección de *Crepusculario*.

Por el sitio en que se halla mencionada esta obra, el desprevenido lector puede creer que ella tiene forma de libro. No hay tal. Es la promesa de una obra en preparación que se lee en *Nuestros poetas*, antología que publicó el señor Donoso en 1925. No cabe, pues, citarla como si se la hubiera consultado. Y aún cuando sea de mal gusto que un seglar repare el latín de un eclesiástico, cabe preguntarse qué quiere decir Ib. (abreviatura de *ibidem*) en los dos casos en que aquí aparece.

Y ya que estamos con el libro a la vista, señalemos también algunos otros de sus caracteres más salientes, a riesgo de violar el precepto que antes nos trazábamos de no considerarlo en sus caracteres generales. El asunto vale la pena porque si el libro ha sido destinado a clientela infantil (como podría desprenderse de lo que se lee en la página 5), puede temerse que haga daño entre quienes, por carecer de menos conocimiento que el autor, hayan de sentirse inclinados a creerle sin mayores averiguaciones. Nada más equívoco. Para desenrañar la verdad en medio de estos renglones disparejos, sin armonía, es preciso saber mucho de letras nacionales, haber leído mucho y haber consultado sin descanso los diversos ensayos de interpretación de la existencia literaria de Chile, esfuerzo que en resumidas cuentas

el autor no echó sobre sus hombros. Déjesenos, pues, remontar la corriente para ver claro en estas sombras.

Desorden.—En las páginas 62 y 63 de este libro se lee un cuadro sinóptico de *El Romanticismo* en el cual el autor, después de hacer una enumeración de los caracteres con que a su juicio puede caracterizarse esa doctrina o escuela literaria, que hace calzar entre los años 1845 y 1885 como si fueran los de su nacimiento y de su muerte, enumera los autores que pueden ser llamados románticos. Y no los dispone en el orden cronológico normal sino alternados como sigue:

- Salvador Sanfuentes, 1817.
- Eusebio Lillo, 1826.
- José Antonio Soffia, 1843.
- Eduardo de la Barra, 1838.
- Guillermo Matta, 1829.
- Guillermo Blest Gana, 1829.
- Luis Rodríguez Velasco, 1839.

De lo cual resulta que Soffia, el menor de todos, a pesar de la ubicación en que se le encuentra, comenzó a escribir cuando ya Sanfuentes había muerto y cuando Blest Gana tenía dadas a conocer producciones suficientes como para acreditarle uno de los principales poetas nacionales.

Hay, sin embargo, una muestra mayor del desorden en la composición de este libro que teníamos reservada para convencer al lector de que no le estamos tomando el pelo.

He aquí la disposición en que coloca el autor a ciertos poetas del siglo XX:

- Julio Vicuña Cifuentes, 1865, páginas 162-3.
- Daniel de la Vega, 1892, páginas 163-8.
- Samuel A. Lillo, 1870, páginas 168-70.
- Diego Dublé Urrutia, 1877, páginas 170-6.
- Manuel Magallanes Moure, 1878, páginas 176-9.

- Carlos Mondaca, 1881, páginas 179-81.
Gabriela Mistral, 1889, páginas 182-93.
Salvador Reyes, 1899, páginas 194-6.
Vicente Huidobro, 1893, páginas 196-202.
Angel Cruchaga Santa María, 1893, páginas 202-6.

Fácil es advertir que la discreción aconsejaba disponer a esos autores por orden cronológico de sus nacimientos, ya que de ese modo se enfilan, sin mayor trámite, las nuevas tendencias de la sensibilidad y los cambios de estilo que cada uno de ellos aporta a las letras. Este criterio de ordenación cronológica puede romperse para aislar grupos de autores que presenten una misma fisonomía literaria (escuela o doctrina); pero dentro de cada grupo siempre será saludable mantener la ordenación cronológica porque ayuda a entender el hecho literario. De Daniel de la Vega, en concreto, no puede decirse que sea inmediato seguidor de Vicuña Cifuentes, ya que entre ambos median Samuel Lillo, Diego Dublé, Manuel Magallanes y otros. Ni menos podría aseverarse que esté bien colocado Salvador Reyes a seguida de Gabriela Mistral cuando entre los nacimientos de ambos autores corren nada menos que diez años, y cuando en fechas intermedias nacen Vicente Huidobro y Angel Cruchaga.

Estas rupturas del orden cronológico obvio y normal en el tratamiento de la literatura revelan desorden y nos llevan a pensar que los papeles de que dispuso el P. Dussuel fueron trastocados antes de recibir la forma que presentan en este libro.

Debilidad de la información.—Como ejemplo de la debilidad de información que se observa en este libro, vamos a tomar una de las monografías de que se compone, la de Alberto Blest Gana, para examinarla con algún detenimiento. Cuenta a grandes rasgos la vida del novelista en forma correcta, página 36; pero luego cae en desliz al decir que el cargo de ministro diplomático en Francia lo ejerció hasta 1888 (página 37). Lo desempeñó sólo hasta 1887. Luego dice: "Gracias a Blest Gana poseemos una interpretación psicológica y objetiva de Santiago desde la Independencia hasta los años que corren del si-

glo XX". La verdad es que Blest Gana, extrañado en París desde 1869, no escribió sobre Santiago en el siglo XX porque no lo conoció. La obra de más reciente fecha en lo que toca a la vida de sus personajes, no es otra que *Los trasplantados*, en donde se diseña a sudamericanos que vivían en París en los mismos años que el novelista, sin que para nada aparezca Santiago, como quiere el P. Dussuel. La novela *Los trasplantados* se publicó, por lo demás, en 1904, y todo hace suponer que las observaciones que en ella aparecen habían sido hechas por el novelista en los años corridos desde su instalación en París, en los años finales del Segundo Imperio.

En seguida el autor agrega: "Sin acentuar demasiado la nota (ataque a la moral urbana) Blest Gana presenta la antítesis de la ciudad y del campo. La ciudad es corruptora y falsa. El campo serena el alma y enaltece la vida" (página 38). Bueno estaría si fuera verdad. En *La Aritmética en el Amor*, contrariamente a lo que quiere el P. Dussuel, es la provincia, corrompida en luchas lugareñas, la que se lleva la palma en el cuadro de la disolución. La redención del protagonista se logra no en ella sino en la capital, a la que vuelve no poco asqueado de la vida provinciana. Como ejemplo de lo que va diciendo, el autor agrega: "Recuérdese (sic) las antítesis entre Martín Rivas y Rafael San Luis. El primero triunfa, el segundo muere". Bien, a condición de que no se nos escamotee el dato de que San Luis muere a consecuencia de la refriega del 20 de abril de 1851, en la cual ha participado como miembro de la Sociedad de la Igualdad. Es la muerte de un combatiente, un deceso por causa elevada y noble. La antítesis que ha querido forjar el P. Dussuel, que sin duda existe, no es allí donde debió buscarla.

Luego (página 40) se ocupa en *Durante la Reconquista*. Repite la especie, absolutamente desacreditada, ya de que esa novela "tiene tres acciones diversas", y al copiar la exposición de estas acciones olvida decirnos que no es él quien ha descubierto aquella trinidad sino otro autor, don Pedro N. Cruz, a quien en este caso no cita para nada. Insistimos en que se trata de una especie desacreditada porque ya en fecha tan remota como 1934, publicamos una monografía sobre esta

novela en la cual nos hicimos cargo de esa invención y la destruimos con buenas razones. Idéntica reflexión hacíamos en nuestra obra sobre Blest Gana, publicada en 1941, que el autor menciona (página 246), pero que no parece haber leído.

Sobre la misma novela dice que el desenlace es brusco, "no corresponde al desarrollo de la trama". Cuestión de pareceres. A nuestro entender, el desenlace no es brusco sino muy lógico si se entiende que en la novela hay unidad de acción y si, en fin, se acepta que el protagonista es Abel Malsira y que el fondo de la acción (única a nuestro parecer) lo da el amor que siente este mozo por su prima Luisa Bustos, amor oscurecido y postergado en el espíritu de los dos muchachos mientras se desenvuelven los episodios intermedios.

Las inferencias de orden político, moral y social que hace el autor sobre *Los trasplantados* nos parecen excesivas y no justificadas por antecedentes serios. Después de haber estudiado *Durante la Reconquista*, compara esta novela con aquélla y dice (página 41): "Podemos decir que esta novela es la antítesis de la anteriormente analizada. Ambiente de heroísmo la primera, de decadencia y bajeza la segunda. El comienzo de una patria y la agonía de la misma". En primer lugar, Blest Gana no hace necesariamente chilenos a los personajes de su libro. Nadie puede pretender que sean de otro origen, pero el autor, con cierta maña, se las arregla para dejar indecisa la nacionalidad a fin de que la censura abarque por igual a todos los sudamericanos trasplantados a París y no sólo a sus compatriotas. En segundo lugar, para llegar a ese terrible diagnóstico el P. Dussuel tiene que olvidarse o sumergir en la sombra a todos los personajes que se elevan sobre el nivel bajo o decadente, entre quienes deben mencionarse como excepcionalmente interesante don Jenaro Gordana y Patricio, el desdeñado amante de Mercedes. Sólo así puede hablarse en los términos que emplea el P. Dussuel, y de ello se desprende que leyó la novela a medias o que no la estudió con la profundidad debida.

Finalmente, debe notarse que en este análisis de las obras de Blest Gana no aparece mención alguna de *El loco Estero*, que se pu-

blicó después de *Los trasplantados* y que corona en forma muy satisfactoria la producción del novelista. Y es tanto más sensible aquella ausencia, cuanto que *El loco Estero* es mucho mejor novela, en todos sentidos, que *El ideal de un calavera*, a la cual en cambio se dedican en este libro varios párrafos interesantes (páginas 39-40).

En suma, la estampa literaria de Blest Gana que vemos en este libro es incompleta por falta de mención de algunas obras, arbitraria por intentar acusaciones mal cimentadas y muy mal informada puesto que repite especies desacreditadas ya en la crítica literaria.

En la página 74 el autor comienza a escribir sobre Baldomero Lillo diciendo: "Es considerado como el primero de nuestros cuentistas". Debe entenderse que el primero no en el sentido cronológico sino por el valor o mérito de su obra literaria. Cabe observar, como muestra de la debilidad de la información del P. Dussuel, que semejante dictamen no es uniforme en la crítica literaria nacional. Sin pretender rebajar en nada los méritos de Lillo, sin duda eximios, hay quienes creen que debe colocarse a su altura a Federico Gana, Joaquín Díaz Garcés y Mariano Latorre, para citar sólo a los difuntos, ya que entre los vivos también hay no pocos que pueden hombrarse con el autor de *Sub-terra*.

Nomenclatura errónea.—El autor abre capítulo con el nombre de *Poesía del siglo XX* para estudiar a los siguientes autores: Pedro Antonio González, Carlos Pezoa Véliz, Jorge González Bastías y Víctor Domingo Silva. Y en seguida otro apartado dice *Ciclo contemporáneo* (1915). Pero aquí nos encontramos con la gran sorpresa de que aparece Vicuña Cifuentes, nacido en 1865 y muerto en 1936, cuya producción es tan antigua que alcanza a figurar en el Certamen Varela de 1887. Más extraño es aún que a este poeta siga Daniel de la Vega, nacido en 1892, y después Samuel A. Lillo, de 1870, y otros anteriores a Daniel de la Vega y posteriores a Vicuña Cifuentes. Si la expresión *Ciclo contemporáneo* quiere decir algo y si la fecha 1915 se ha puesto con discernimiento, ¿qué hacen allí aglomerados esos autores de tan diferentes épocas?

Cosa semejante ocurre con la novela. El autor engloba en la

expresión *Ultimos novelistas* a Joaquín Ortega Folch (página 126) y a Waldo Urzúa, a pesar de ser ambos bastantes mayores que Juan Godoy y Nicomedes Guzmán (página 122). Nadie duda de que las obras de aquellos dos autores son de fechas muy recientes, pero no se olvide que Ortega Folch comenzó a publicar en 1923 y que Waldo Urzúa, como saben cuantos le trataron personalmente, estuvo muchos años escribiendo sus novelas y sólo por circunstancias ajenas a su voluntad hubo de publicar la primera, *Un hombre y un río*, sólo en 1942, y hubieron de quedar para póstumas *Don y doña* y *Esas niñas Ugarte...* (estos puntos suspensivos forman parte del título).

En términos generales podría decirse que el autor ha querido fraccionar en pequeñas parcelas la materia que estaba tratando, convencido acaso de que con ello facilitaba el estudio. Podemos asegurarle que se ha equivocado, y que el tratamiento de la materia habría ganado no poco en coherencia si se hubiera atrevido a eliminar tanta parcelación para tratar la poesía como un sólo hecho prolongado en el tiempo, la novela como una sucesión ininterrumpida de autores y de obras, y así los demás géneros o especialidades. Con la fragmentación que condenamos no se ha visto sólo obligado a romper la sucesión obvia de los sucesos en el tiempo sino también a inventar una nomenclatura que a nada responde y que no satisface ninguna necesidad propia de la historia literaria.

Del mismo modo podríamos decirle que las menciones que hace de Romanticismo, como título de sección y en diversos puntos del texto, son generalmente erróneas. El trato de la materia lleva a los especialistas a concluir que en las letras hispanoamericanas no hubo romanticismo, porque las bases históricas de la formación espiritual de estos países no se prestaban para ello, y que la única escuela literaria efectivamente presente en América es el Modernismo, nombre que en cambio echamos mucho de menos en el libro del P. Dussuel, no porque no se le emplee sino porque no se le da la prominencia que en realidad le corresponde. De donde resulta que cuando nombra, nombra mal, y cuando debe nombrar no hace uso de la obligación primera de informarse que le compete como historiador de las letras.

Anotaciones vagas e incompletas.—Abundan en este libro las proposiciones aisladas, sueltas, sin nexos, que no se sabe bien a qué corresponden. Veamos un caso. En la página 44, terminando el autor la enumeración de los historiadores, pone lo siguiente: “Gonzalo Bulnes (1851-?). *La Guerra del Pacífico*...” Juro al lector que no invento nada y que estoy copiando lo que tengo a la vista. ¿Qué ha querido decir el P. Dussuel? Intentemos desentrañarlo.

1. Sabe de la existencia de un sujeto que escribió historia y que llevó en vida el nombre de Gonzalo Bulnes. Sabe inclusive en qué año nació, y lo registra, pero no sabe si ha muerto a la fecha en que escribe, y si ha fallecido, no conoce la fecha de su fallecimiento. De allí el signo de interrogación. Calmaremos su falta de noticias. El señor Bulnes murió en Santiago el día 7 de agosto de 1936.

2. Sabe que ha escrito algo, y cree conveniente poner el título de un libro, pero lo pone mal. La obra a que se refiere el autor no lleva el artículo definido *La* antepuesto a la palabra guerra, ni su título termina con puntos suspensivos. En todo lo demás la transcripción de ese título es correcta.

3. No afirma que sea historiador, pero como lo inscribe en la parte correspondiente a los historiadores, debe presumirse que lo fuese. En todo caso, no señala ninguno de los otros libros que el autor pudo publicar, y efectivamente publicó. No los vamos a poner nosotros por nuestra parte para que el P. Dussuel, si quiere mejorar su libro en una próxima edición, investigue por su cuenta, ya que esto podría crear en él el hábito de enterarse previamente.

En la página 71, al finalizar una estampa sumamente reducida e incompleta de *Omer Emeth* (Emilio Vaisse) el autor dice: “Sus crónicas han coleccionado con el título de *Estudios críticos de Literatura Chilena*”. La verdad es que la intención del señor Vaisse fué publicar en serie sus estudios críticos, y que comenzó la edición de ellos con el título de *La Vida Literaria en Chile*, 1909, en un primer volumen que no tuvo prosecución. Posteriormente, no recogió sus crónicas en forma sistemática. Los *Estudios* que el P. Dussuel menciona son de publicación póstuma y fueron recogidos por

Armando Donoso y por quien estas líneas escribe, sobre la base de una colección enorme de recortes que había conservado el señor Vaïsse. Pero también quedó aquella recolección interrumpida, y el volumen que se cita en este libro es el primero de una serie que debió contar tres o cuatro. Lo justo habría sido, pues, decir, que "algunas de sus crónicas" fueron recogidas en los libros de tales y cuales *títulos*.

Si la gratitud hubiera de hipotecar en un crítico literario el deber que se ha impuesto de dar cuenta de sus lecturas al público que tiene la benevolencia de seguirle, nada deberíamos nosotros decir de este libro que no fuera excelente. El P. Dussuel nos hace el homenaje de citar nuestro insignificante nombre en una enumeración de críticos, página 73, y lleva todavía su bondadosa indulgencia hasta el punto de mencionar textualmente algunas opiniones nuestras entre las autoridades cuyo apoyo busca para opinar sobre ciertos y determinados autores. El amor propio literario podría declararse plenamente satisfecho.

Pero hay algo más que decir. Además de aquellas menciones halagadoras para el amor propio, convenía preguntarse si este libro añade algo nuevo o algo útil a la exploración de nuestro pasado literario, si con buenos títulos reivindica algún nombre postergado u olvidado, si es claro y metódico en la exposición de los hechos literarios, si está escrito con claridad y elegancia o por lo menos con metódica precisión, si el discernimiento no sufre eclipses, si la ponderación y el entusiasmo se equilibran y mutuamente se ayudan, si preside el orden en la composición, si el aparato crítico está bien aprovechado, si de sus páginas la literatura chilena resulta armónicamente entendida y si, convertida en tema de estudio, interesa al lector potencial. Y aún cuando la gratitud sea mucha, muy ardiente, muy viva, se nos permitirá decir, en resumen, que las respuestas a todas aquellas interrogaciones no pueden ser sino una reiterada negación,